

# JOSÉ INGENIEROS: SU VISIÓN DE LA EDUCACIÓN NECESARIA PARA AMÉRICA LATINA

JOSÉ INGENIEROS: HIS VISION OF THE NECESSAR  
Y EDUCATION FOR LATIN AMERICA

YAMILE CUMANA FIGUEROA \*

yamilecumafi@yahoo.es  
Universidad de Oriente.  
Núcleo de Cumaná.  
Cumaná, Edo. Sucre.  
Venezuela.

Fecha de recepción: 14 de febrero de 2008  
Fecha de aceptación: 4 de septiembre de 2008



## Resumen

El propósito del presente artículo es reconstruir el legado de José Ingenieros a la visión de la educación en América Latina, a través de la compulsa de los ejes direccionales de su pensamiento y el contenido de sus obras relacionadas con la temática socio-educativa; a saber, *El hombre mediocre* (1913), donde conceptualiza la educación como adaptación, *Los tiempos nuevos* (1921), donde la proclama como integral y dirigida a capacitar para el trabajo socialmente útil y el desempeño cívico; *Las fuerzas morales* (1925), donde aboga por una educación diferenciadora; y *La universidad del porvenir* (1956), donde enfatiza la idea de la vinculación de la universidad con el medio social donde funciona, por lo que a pesar de importantes contradicciones y paradojas, sus ideas se aproximan a nuestro tiempo y se enlazan a nuestras aspiraciones.

**Palabras clave:** José Ingenieros, positivismo, educación latinoamericana.

## Abstract

*The goal of the following article is to reconstruct the legacy of José Ingenieros to the vision of education in Latin America, through the attested copy of the directional axes of his thoughts and the content of his work related to the topic of socio-education, in his *Mediocre Man (El hombre mediocre (1913))*, where he conceptualizes education as adaptation, *The New Times (Los tiempos nuevos (1921))*, where he claims education to be comprehensive and directed to train for socially-useful work and civic performance; *The Moral Forces (Las fuerzas morales (1925))*, where he pleads for a differentiating education; and *The University of Prospect (La universidad del porvenir (1956))*, where he emphasizes the idea of linking the university with the social medium where it works, where despite important contradictions and paradox, his ideas get close to our times and are tied to our aspirations.*

**Key words:** José Ingenieros, positivism, Latin-American education.



osé Ingenieros (Palermo, 1877 - Buenos Aires, 1925), quien se llamaba a sí mismo *cultor de estudios científicos* y *cultor de estudios filosóficos*, desarrolló una actividad amplia y fecunda en disciplinas tales como psiquiatría, filosofía, historia y sociología, además de ser un excelente escritor y notable crítico.

En la presente monografía intentamos identificar los principales ejes direccionales de su pensamiento para, a partir de los mismos, construir la visión de la educación, desde la territorialidad latinoamericana, de uno de sus intelectuales más ilustres de las primeras décadas del siglo XX.

No injustamente, Francisco Larroyo (1958) lo señala como una «*mente bilateral*», Bruno Mangiola (2007) lo llama «*el multifacético José Ingenieros*» y Aníbal Ponce (citado en el prefacio de *Las fuerzas morales*, 1925), uno de sus más dignos discípulos, habla de su «*extraña personalidad poliédrica*», para señalar la multiplicidad de sus intereses intelectuales y la enorme amplitud temática de su obra.

A lo largo de nuestro recorrido crítico por el contenido de sus obras relacionadas con la temática socio-educativa identificamos, simultáneamente, importantes paradojas e interesantes propuestas de un intelectual de su tiempo, y contra su tiempo, quien fue capaz de suscribir inhumanos prejuicios y, al mismo tiempo, de formular propuestas que hoy día guardan íntegra pertinencia con los proyectos educativos que se adelantan en la región; lo que recuerda la importancia de convocar desde nuestro substrato intelectual las ideas-fuerzas que fundamenten la visión de la educación necesaria para nuestros países.

Filosóficamente, José Ingenieros fue el exponente más prestigioso del positivismo durante principios del siglo XX en América Latina, recogiendo la herencia del autóctono (iniciado por Alberdi, Sarmiento y Mitre<sup>1</sup>), y del europeo de Comte (1798-1857) y, especialmente de Spencer (1820-1903); quien había publicado en 1851 su obra *La estática social*, en la que destacaba la necesidad de la libertad individual y la suprema importancia de la ciencia; dos ideas de las que Ingenieros se va a proclamar decididamente entusiasta.

Aun siendo Ingenieros la «*más pulcra figura*» del positivismo latinoamericano, con él también declina definitivamente esta corriente epistemológica en nuestra región; su condición *bilateral* lo sitúa como engranaje entre períodos históricos y entre sistemas de pensamiento, y también se manifiesta en su estilo literario, muchas veces apegado a la calidez de las imágenes modernistas<sup>2</sup>, aun cuando el modernismo había insurgido contra el positivismo del cual él era partidario y difusor.

En 1913 se editan en Madrid: *El hombre mediocre*, *Criminología*, *Sociología argentina* y *Principios de psicología*, e Ingenieros adquiere prestigio internacional.

Al estallar la primera Guerra Mundial, comprendió cabalmente, a diferencia de muchos de sus contemporáneos, su naturaleza capitalista, en tanto que mecanismo de repartición del mundo, y lamentó profundamente el carácter inhumano de la misma, calificándola reiteradamente como «*locura*».

Habiendo triunfado en 1917 la Revolución Socialista Rusa, manifestó su *cordial simpatía* hacia el proyecto bolchevique y hacia el pueblo ruso, el cual, tal como lo entendía, iniciaba una nueva era de la historia de la humanidad.

En el prefacio a la primera edición de *Las fuerzas morales* (1925) que, coincidentemente fue su testamento ético, pidió “tener la dicha de morir antes de envejecer”.

El 31 de octubre de ese mismo año, José Ingenieros: «*el conductor de las juventudes latinoamericanas*», falleció en Buenos Aires, a la edad de cuarenta y ocho años, siendo uno de los intelectuales de mayor peso en la cultura argentina y latinoamericana y un importante referente intelectual de su tiempo y quien, a decir de Ponce (citado en el prefacio de *Las Fuerzas Morales*, 1925), “había creado el alma de una generación, con sólo dejar hablar la suya”.

Junto al carácter multifacético, la independencia de juicio distingue la obra intelectual de Ingenieros y en lo mejor y en lo peor de la misma, pueden identificarse claramente fundamentos positivistas.



Desde el momento que se adhiere al positivismo, los *ejes direccionales* de su pensamiento se alinean en los postulados de este sistema que pretende explicarlo todo de acuerdo al modelo científico de las ciencias naturales (especialmente de la biología), a través del descubrimiento de leyes necesarias e invariables.

El primero de esos ejes direccionales es *la sobrevaloración de la ciencia*. El positivismo científico, heredero histórico del empirismo filosófico del siglo XVIII, asume los alcances de la restitución de la preeminencia epistemológica de la experiencia, pero también las limitaciones de la sobrevaloración metafísica de la misma; esa sobrevaloración va a tener, en el pensamiento de Ingenieros, consecuencias positivas y negativas, por una parte lo conduce a la especulación filosófica (su sistema de la Filosofía del Porvenir) y a la incapacidad de percibir las contribuciones de la estructura económico-social en la constitución de la conciencia, la cultura y la moral de la sociedad. Pero, por otro lado, lo hace partícipe de un entusiasmo inusitado, y necesario en las nacientes repúblicas latinoamericanas, por la ciencia y por la benéfica influencia de ésta en la transformación de estructuras y valores y la superación de atrasos e ignorancias.

Para Ingenieros, el espíritu científico erradica el dogmatismo y el principio de autoridad heredados de la colonia; la preeminencia de la experiencia y la objetividad excluye el escolasticismo y las supercherías que perpetúan el odio, la intolerancia y la injusticia, y prepara al nuevo hombre latinoamericano para superar con éxito su reciente pasado colonial; la ciencia es así pensada en función de su pragmatismo social y valorizada en función de su perfectibilidad.

Este *ideal de perfección*, del hombre y de la sociedad, se constituye en la segunda gran fuerza motriz de su pensamiento: “En todo lo que existe –dice– actúan fuerzas de perfección” (1925: 30), las mismas “fuerzas” o leyes naturales necesarias que esgrimía Comte para explicar el progreso de la humanidad a través de la sucesión de etapas.

Su idea de perfectibilidad es el soporte necesario de su explícito *rechazo al pasado*, lo cual es enteramente coherente con el postulado positivista que privilegia el sincronismo histórico.

Sobre su rechazo al pasado se erigen dos consecuencias importantes; por una parte, se sustenta la evidente omisión, en la obra de Ingenieros, de cualquier mención laudatoria al pasado indígena, a la concurrencia africana a la composición étnico-cultural latinoamericana o a la gesta emancipadora y a los hombres y pueblos que la hicieron posible. Su evidente desprecio por las estructuras coloniales y pre-coloniales, no sólo incluye las educativas o ideológicas sino también las raciales, lo cual lo lanza a la

exaltación de los modelos culturales extranjeros, específicamente europeos y, entre éstos, inclusive el de la noción de *raza superior*, llegando a sostener con orgullo que la nacionalidad argentina no está formada por indios, sino por descendientes de europeos, lo cual es cierto en buena parte, pero sólo gracias al sistemático y planificado exterminio de la población indígena y exclusión de la afroamericana, cuestión que Ingenieros no se molesta siquiera en mencionar.

Por otra parte, el rechazo al pasado sustenta también la profunda *direccionalidad de su pensamiento hacia el futuro*, de allí entonces su profundo entusiasmo por la juventud argentina, y latinoamericana en general, en quienes deposita el protagonismo elitista y voluntarista de los cambios que demanda la sociedad y que, para él, sólo son posibles a partir del pragmatismo científico.

Jóvenes son, para Ingenieros, “los que no tienen complicidad con el pasado” (1925: 8), los que cumplen con el imperativo vanguardista de repensar la historia; por ello, no puede vislumbrar siquiera la posibilidad de la organización popular para lograr los cambios económicos, políticos y sociales que demandaban las realidades latinoamericanas de ese momento, sino que cifra sólo en el voluntarismo juvenil de la intelectualidad ilustrada, esa posibilidad: “Dichosos los pueblos de América Latina si los jóvenes de la nueva generación descubren en sí mismos las fuerzas morales necesarias para la magna obra: devolver la justicia social en la nacionalidad continental” (Ingenieros, 1925:8).

Es necesario mencionar que, para Ingenieros, la juventud no sólo es de índole cronológica sino que también es una actitud mental e intelectual frente a la vida, este convencimiento personal fue lo que lo motivó a desear morir antes de envejecer.

El voluntarismo vanguardista para provocar los cambios sociales, políticos y económicos es, en la visión de Ingenieros, a un mismo tiempo, sustento y consecuencia de su *débil percepción de las relaciones entre la estructura social y la conciencia social* de los pueblos y de los individuos.

A manera de ejemplo para sustentar la afirmación anterior, vemos cómo, en su obra *Criminología* (1907), asoma como una de las explicaciones de la criminalidad (además de aspectos psicológicos innatos), la degeneración que puede ser adquirida como consecuencia del sistema social. La degeneración según él, puede ser, congénita o adquirida, pero siempre, en última instancia, biológica, puesto que, en clara correspondencia con su positivismo spenceriano, considera que existe un *sustrato natural básico* que determina los grados de desadaptación social.



Según Ingenieros, dicho sustrato natural básico actúa en detrimento de la perfección social: los locos, alienados y delincuentes; pero, al mismo tiempo, posibilita la existencia de las individualidades progresistas e idealistas, líderes naturales del progreso social.

Para Ingenieros (1986: 13) “Las fuerzas conservadoras que componen el subsuelo social pretenden amalgamar a los individuos, decapitándolos; detestan las diferencias, aborrecen las excepciones, anatematizan al que se aparta en busca de su propia personalidad”; de lo cual se infiere que el sistema social más adecuado es aquel que privilegia el mérito individual por encima de la mediocridad masificada. Lo que no logra percibir Ingenieros es que los sistemas sociales como el capitalismo, que dan preeminencia al individuo, por otro lado homogenizan al ser humano en el consumo masivo, en la publicidad alienante, en el discurso de medios de comunicación que desinforman y no forman y en la valorización social de la competencia y el lucro; ni siquiera su cercanía ideológica al socialismo<sup>3</sup> y su militancia en el Partido Socialista Obrero Argentino<sup>4</sup> lo alertan a este respecto, de hecho puede afirmarse que su permanencia en el mismo fue más “exotismo” político que compromiso militante del intelectual y su pueblo.

Al abordar el asunto de la relación individuo/sociedad, no se trata de que Ingenieros no sea consciente de la necesidad de cambios sociales estructurales; aun cuando tenga una visión biologicista de esa necesidad; de hecho, en *Crónicas de viaje* (1908), citado por Rodríguez (2007), leemos “La modificación previa del medio económico es indispensable para corregir o atenuar la inferioridad física, intelectual y moral de las clases pobres... Su actual inferioridad les impide propender al propio elevamiento; sólo pueden elegir entre los buenos y los malos pastores... La modificación de las condiciones económicas, indispensable para el mejoramiento de las clases pobres, sólo puede ser la obra de hombres pertenecientes a la clase considerada superior desde el punto de vista físico e intelectual” [subrayado nuestro]; interesa destacar cómo deposita la motricidad de esos cambios en el tutelaje que las “clases superiores” deben ejercer sobre las “inferiores”. Este darwinismo social tiene entonces un componente claramente racial; refiriéndose a los afro-descendientes dice “Juzgando severamente, es fuerza confesar que la esclavitud —como función ‘protectiva’ y como organización del trabajo— debió mantenerse en beneficio de estos desgraciados, de la misma manera que el derecho civil establece la tutela para todos los incapaces y con la misma generosidad con que asila en colonias a los alienados y se protege a los animales. Su esclavitud sería la sanción política y legal de una realidad puramente biológica” [subrayados nuestros] (citado por Rodríguez, 2007).

Sobre la base de su ferviente rechazo al dogmatismo y a la ausencia de ideales que fundamentan la mediocra-

cia (poder de los mediocres), Ingenieros (1986: 27) declara que no concibe “el perfeccionamiento social como un producto de la conformidad de todos los individuos, sino como la combinación armónica de individualidades incesantemente multiplicadas”, de allí su acendrada **exaltación de la individualidad** que, llevada a sus últimas consecuencias, conforma los contenidos más oscuros y deleznable del pensamiento de este constructor de la moral latinoamericana.

No obstante, es necesario reconocer que el individualismo de Ingenieros no es de índole ética, es decir, no puede ni debe asumirse como equivalente al defecto moral propio del egoísmo en tanto que actitud en la que los intereses de uno mismo tienen más importancia que cualquier otra consideración o cosa; o del egotismo, en tanto que sentimiento exagerado de la propia personalidad; de hecho, tiene un aspecto legítimamente positivo: el reconocimiento de la iniciativa y la creatividad personal, la autorrealización permanente de los hombres que aran su propio surco; en este sentido, su individualismo es intelectualmente aceptable, en tanto que entiende que para el individualista “Su independencia es una reacción hostil a todos los dogmatismos” (1986: 13); y socialmente justificable, en tanto que mecanismo de perfeccionamiento personal y ascenso social; pero lo lamentable es que siendo consecuente con el sistema teórico donde se inserta su pensamiento, Ingenieros, amparado en el darwinismo social, recibido a través de Spencer, defiende la tesis de la diferenciación o variación social como “obra activa de minorías pensantes” (1925: 68); lo que necesariamente conduce al olímpico desprecio por las masas populares “inconscientes”, a la apología de la desigualdad y a la justificación del racismo, que se convierte así no sólo en la única mácula de su intachable conducta y pensamiento, en “una enorme y dolorosa contradicción”, a decir de Rodríguez (2007), sino en la consecuencia lógica de los fundamentos filosóficos de su pensamiento.

Para Ingenieros, “El progreso es el resultado de la lucha entre la variación y la herencia” (1925: 70), como ya habíamos dicho, según él, existe un sustrato biológico sobre el que se erige la diferenciación intelectual y social. Ingenieros no sólo atribuye a la diferenciación una expresión sociológica y/o psicológica, sino también moral; en efecto, habla de dos mundos morales, el del hombre idealista, brillante y creativo, y el del hombre mediocre, anónimo en el colectivo, imitador: “dos razas, dos temperamentos: sombras y hombres” (1986: 11); a unos, atribuye servilismo, torpeza e hipocresía; a otros, dignidad, ingenio y virtud; estos últimos constituyen los elegidos hacedores del porvenir.

De allí la defensa de la superioridad de una especie de “intelectualidad racial”; la idea del “superhombre”, de claras reminiscencias nietzscheanas, no luce desubicada



en el contexto de su pensamiento, ya que según sus propias palabras, citadas por Mangiola (2007), se consideraba a sí mismo un “espíritu nietzscheano en acción”.

Su sistema de clasificación de la humanidad aparentemente es sólo de orden intelectual y moral, pero dejemos que hable el propio Ingenieros:

El examen de los caracteres físicos, fisiológicos y psicológicos, minuciosamente realizados, demuestra la inferioridad física e intelectual de los hombres pertenecientes a las clases sociales inferiores... Resulta que el grado de civilización de las clases pobres, étnicamente considerado, equivale al de los pueblos primitivos. En ellas encuentra Nicéforo<sup>5</sup> las primitivas formas violentas de criminalidad, el animismo, el culto de los fantasmas, (etc.)... Las manifestaciones estéticas de las clases pobres recuerdan los sentimientos similares de los primitivos, los salvajes y los niños” [subrayados nuestros] (citado por Rodríguez, 2007).

Más adelante agrega: “las clases pobres constituyen una verdadera raza atrasada dentro del medio en que viven” (citado por Rodríguez, 2007).

Así pues, sobre la base de su diferenciación intelectual de origen biológico, Ingenieros erige la explicación de la desigualdad social, moral y racial e, inclusive, justifica la discriminación por edad al incluir a los niños entre los “salvajes y primitivos”.

En resumen, sus postulados discriminatorios y excluyentes y, especialmente, su racismo social y étnico, son intensamente contrarios a toda ética humanista y a todo universalismo científico. Ese racismo se engrana no sólo con su biologismo social sino también con su **rechazo del pasado nacional y continental**, el cual le impide percibir el mestizaje como la realidad más definitoria de nuestras culturas, no lo accidental sino la esencia misma, la línea central de nuestra etnicidad.

Rodríguez (2007) opina que es injusto pedirle a Ingenieros que mirara más lejos que otros contemporáneos, que viera la transformación de las “clases pobres” latinoamericanas en una sector de vanguardia capaz de asumir el protagonismo revolucionario de nuestra historia; nuestro parecer no es tan condescendiente, puesto que consideramos que todo su racismo social y étnico es coherente con su sistema de pensamiento, consistente con el etnocentrismo europeo del positivismo comteano y, por lo tanto, totalmente racionalizado.

Identificados los principales ejes direccionales del pensamiento de José Ingenieros, desde una perspectiva crítica, corresponde, finalmente construir y reconstruir su legado a las concepciones educativas en América Latina.

Intentaremos completar ese propósito compulsando dichos ejes direccionales y el contenido de aquellas de sus obras donde más explícitamente aborda el tema educativo en particular, a saber, en orden de publicación: *El hombre mediocre*, de 1913; *Los tiempos nuevos*, de 1921; *Las fuerzas morales*, publicada el mismo año de su muerte, en 1925 y *La universidad del porvenir y Otros escritos sobre filosofía, Educación y cultura* (1956), obra antológica que recoge artículos de diferentes épocas, publicada póstumamente.

No existe un sistema integrado de “teorías educativas” en Ingenieros, sus propuestas, juicios y opiniones acerca de la educación en su país y en América Latina están sembradas a lo largo de todo su sendero intelectual, donde sus ideas, a través de su impresionante retórica, permanece en sentencias y frases de incuestionable luminosidad y vigencia.

Ingenieros vivió siempre con la obsesión constante de orientar y educar a la juventud; sus ideas acerca de la educación necesaria para su país y para los demás países de América Latina, se inscriben cabalmente en su proyecto de construcción de una *nueva moral* que funcione sobre fundamentos científicos, de clara vinculación comteana; tal vez por ello también lo más perdurable de su pensamiento educativo sean, precisamente, sus textos moralizantes.

En *El hombre mediocre*, Ingenieros (1986: 34) presenta la tesis de que existe un sustrato biológico sobre el que se erige la diferenciación intelectual y social: “Todos al nacer —dice—, reciben como herencia de la especie los elementos para adquirir una personalidad específica”; ante una afirmación de este tipo, totalmente impregnada de biologismo social, la educación en tanto que proceso de formación y realización individual y social, poco o nada tendría que hacer, afortunadamente más adelante matiza esa afirmación y señala que “Cada individuo es producto de dos factores: la herencia y la educación. La primera tiende a proveerle de los órganos y las funciones mentales que le transmiten las generaciones precedentes; la segunda es el resultado de múltiples influencias del medio social en que el individuo está obligado a vivir...” (1986: 33), pero su excesiva valoración de la ciencia positiva que asimila la naturaleza a la sociedad, lo conduce a conceptualizar la acción educativa como “...una adaptación de las tendencias hereditarias a la mentalidad colectiva: una continua aclimatación del individuo en la sociedad.” (1986: 33).

Por otra parte, en esta misma obra percibimos cómo su exaltación de la individualidad le hace denostar contra la educación pública, a la cual acusa de involucrar el peligro de “...borrar toda originalidad poniendo iguales prejuicios en cerebros distintos.”(1986: 45).



Al analizar los alcances de la revolución rusa en *Los tiempos nuevos*, proclama que uno de sus principios básicos, además del federalismo y la socialización de los medios de producción, es la concepción de la educación como integral y dirigida a capacitar a los hombres para el trabajo útil, dando oportunidades para el desarrollo máximo de todas las aptitudes y preparando a los ciudadanos para la vida cívica.

La reforma educativa promovida por la revolución bolchevique le interesó particularmente, dedicándole en la obra arriba mencionada, el artículo “La educación integral en Rusia”, donde percibe con claridad que “Toda profunda renovación de los principios políticos que orientan la marcha de los pueblos necesita acompañarse de hondas transformaciones en el orden educacional”, y que “la transformación del orden social debía tener por base granítica la renovación de los principios educacionales” (1961: 87-88); en este sentido, es necesario reconocer que Ingenieros supera así su débil percepción de la relación dialéctica entre estructura social y conciencia social.

En su análisis introduce como concepto central el de *función social de la educación pública*, la cual se viabiliza a través de la introducción de trabajos manuales en la escuela primaria, la adaptación de ésta y de los institutos secundarios a los caracteres de la economía regional, la creación de institutos superiores destinados a crear aptitudes manuales y técnicas útiles a la población de acuerdo a su medio económico, simultáneamente con la profundización de la extensión escolar, secundaria y universitaria, es decir, el exclaustro de la educación que permite transfundirla en la vida social y aumentar sus aplicaciones útiles al bienestar colectivo de los hombres, ideas éstas notablemente coincidentes con los principios generales de las propuestas educativas más adelantadas de nuestro tiempo y que, casi textualmente podemos percibir reinterpretadas y actualizadas en el proyecto educativo bolivariano. Estas ideas, son totalmente distintas a aquellas emitidas en *El hombre mediocre*, donde denostaba contra la educación pública como uniformadora de conciencias; es otro el Ingenieros que ahora tiene perfectamente claro que la instrucción pública dignifica al ser humano y que puede señalar que la reforma socialista rusa sí es una “... sustancial reforma de la educación pública, en sus principios, en sus métodos, en sus finalidades, cosas mucho más importantes que las habituales reformas de horarios y de personal” (1961: 89).

Finalmente, en esta obra Ingenieros comparte tres principios básicos de la reforma escolar rusa, a saber:

**1° Unificación del sistema escolar:** todos los niveles, desde el kindergarten hasta la universidad, articulados en un sistema continuo y progresivo, que implica:  
- Asistencia escolar obligatoria desde los 6 hasta los 17 años

- Educación gratuita (útiles, alimentos, vestido, etc.)
- Escuela laica (dejando al dominio familiar la inculcación de ideas religiosas)
- Ampliación de estudios superiores según facultades y vocación, pero sin distinción de sexos. Hacemos notar que en toda su bibliografía consultada, ésta es la única vez que menciona a la mujer en referencia a su condición de paridad intelectual con el hombre.

**2° Capacitación para el trabajo de utilidad social:** la cual se constituye en el fundamento teórico de la nueva escuela, y se distribuye en distintos niveles de la siguiente manera:

- Primer ciclo: educación integral, para despertar las aptitudes físicas, intelectuales y morales del niño.
- Segundo ciclo: trabajo en campos, fábricas, talleres, etc.; en la enseñanza del trabajo debe haber adaptación al medio social, lo que está más próximo al niño debe ser el primer tema de su educación.

**3° Educación para la vida cívica y política:** formación ciudadana y práctica de sus derechos. Aquí introduce la innovadora propuesta del co-gobierno escolar donde “...la escuela, constituida por delegación de alumnos, maestros, vecinos, padres y autoridades, decide colectivamente sobre sus asuntos internos, de acuerdo con reglamentaciones establecidas y teniendo en cuenta ciertas características locales” (Ingenieros, 1961: 99). La actual definición de *comunidad educativa*, puede suscribirse a este enunciado. Esta propuesta es posteriormente retomada por Ingenieros en *Las fuerzas morales*.

También comparte de la revolución rusa las medidas que se iniciaron para corregir el *pasado malsano*: la educación de adultos, la extensión universitaria (más universidades y universidades utilizadas más intensivamente) y la difusión de libros a través de ediciones populares, iniciativa ésta de la que él fue personalmente impulsador en su país. En este sentido, asombran una vez más las coincidencias entre las ideas de este pensador de principios del siglo pasado y las modernas concepciones de las políticas educativas del Estado en el presente.

Donde más explícitamente encontramos presentadas las ideas de Ingenieros respecto a la educación es en su obra *Las fuerzas morales*, allí el Capítulo 10 está enteramente dedicado a la educación, la escuela y el maestro. Intentaremos sintetizar sus principales postulados:

**i) La educación es el arte de capacitar al hombre para la vida social.** Aquí Ingenieros se manifiesta a favor de la concepción de la educación como capacitación para el trabajo productivo; educar al hombre –dice– significa ponerlo en condiciones de ser útil a la sociedad, desarrollando todas sus aptitudes individuales: “Educar es desenvolver la capacidad para trabajar y el derecho a la vida



presupone el deber del trabajo”; destaca pues su percepción de la *integralidad* de la educación, ya que ésta debe promover el desenvolvimiento simultáneo de las energías físicas, morales e intelectuales.

**ii) Libre desenvolvimiento de las vocaciones.** Para Ingenieros, la libertad vocacional posibilita la eficacia de la educación. Aquí se pronuncia contra el pasado colonial, donde *educar* fue, según acota, *domesticar*. En este punto Ingenieros es fiel a sí mismo, en consonancia con *exaltación de la individualidad* como una de las líneas centrales de su pensamiento, para él la educación lejos de suprimir diferencias debe alentarlas, debe aprovechar “todas las desigualdades naturales” [sic]; es decir, *la educación social debe estimular las desigualdades individuales*, generalizar la educación no es uniformar sus contenidos, sino democratizar el acceso a la misma, a partir de las aptitudes personales.

Lamentablemente, también argumenta la concepción positivista de la educación como mecanismo de selección natural. Para él la educación debe desarrollar las aptitudes existentes, renunciando a la pretensión de crear las que faltan, poco puede esperar entonces la *educación especial* de nuestro autor, en su sistema de clasificación de los hombres nada tienen que aspirar los menos dotados física o intelectualmente, que no sea más que su segregación social.

**iii) La escuela es un puente entre el hogar y la sociedad.** Bajo su concepción de integralidad, en este punto nuestro autor vuelve a acercarse a una percepción moderna de la educación y de las relaciones de la escuela y la sociedad. Advierte sobre la finalidad inmediata de la educación, de convertir al niño en *ciudadano*, por lo que debe estar orgánicamente vinculada con la familia, con la calle, con el pueblo, esta vinculación también incluye al trabajo productivo.

En otro orden de ideas, afirma que *La escuela de leer, escribir y las cuatro operaciones es un residuo fósil de las sociedades medievales, como los castigos y los exámenes*, un claro pronunciamiento, con algunos años de antelación, a las pretensiones normativas de la conducta y a los métodos cuantitativos de la evaluación, propugnados por la teorías conductistas del aprendizaje.

También es muy interesante su propuesta de gratitud completa de la educación escolar, piensa que *el alimento, el vestido, el juguete, el libro, la herramienta, deben ser dados gratuitamente*, lo que denota una visión avanzada en cuanto a la concepción del papel del Estado en materia educativa; aunque tiene claro que su rol es no-interventor, ya que se pronuncia porque su control sea indirecto, mientras que la dirección administrativa y técnica de los intereses educativos y de la organización escolar,

corresponda a los mismos educadores con la participación de padres y alumnos.

Otra idea fundamental de las relaciones escuela-sociedad se refieren al apoliticismo de la primera, considera que todas las influencias políticas y dogmáticas deben ser rigurosamente excluidas de la administración educativa, ya que las primeras corrompen la moral y las segundas la libertad de pensamiento.

Finalmente, acá Ingenieros se pronuncia por la didáctica que permite asociar la teoría a la práctica, pensar más bien que repetir y crear más bien que copiar, lo cual bien puede ser avalado hoy día en cualquier fundamentación constructorista del aprendizaje, simultáneamente con su desiderátum de que en la nueva escuela latinoamericana:

El maestro del porvenir tendrá a su cargo la función más grave de la vida social. No será un autómatas repetidor de programas, que otros hacen y él no comprende, sino un animador de vocaciones múltiples que laten en el niño buscando aplicaciones eficaces. Despertará capacidades con el ejemplo; enseñará a hacer, haciendo; a pensar, pensando; a discurrir, discurrendo; a amar, amando (1925: 65).

**iv) La vida escolar debe preparar para la acción cívica.** Aquí Ingenieros se pronuncia por la pertinencia social de la escuela, “Siendo el trabajo el primer deber social –dice–, debe la escuela preparar al hombre para cumplirlo” (1925: 63), esa preparación cívica, además, es promovida a partir de instancias de co-gobierno escolar.

Piensa también Ingenieros que para cumplir con su función social, la escuela necesita la cooperación de organismos complementarios y externos al ámbito educativo. Aquí se pronuncia, pues, por la extensión, sobre todo, universitaria.

La pertinencia social de la escuela implica la obligación ciudadana para el que aprende, de retribuir a la sociedad enseñando a otros. Sostiene que el trabajo educativo debe asumirse como la más grave responsabilidad social, por lo que, “El que acepta la tarea de enseñar y no la desempeña eficazmente, causa un daño irreparable a la sociedad que le confía su porvenir”; aunque también es enfático al afirmar que el Estado debe garantizar la dignidad del maestro justipreciando el significado de su labor.

Y finalmente, en la revisión de sus escritos de índole socio-educativa, nos topamos con el artículo intitulado “*La universidad del porvenir*”(s/f), que da título a la obra antológica homónima, publicada en 1956. Aquí Ingenieros enfatiza la idea de que la universidad tiene la función específica de coordinar la conciencia social de los pueblos, organizándola en disciplinas científicas; percibimos



aquí, de nuevo, su inagotable optimismo por la ciencia y su entusiasmo por la aplicabilidad práctica de la misma en la orientación de la vida social.

Aboga de manera muy coherente y, a nuestra consideración, adelantada para su época, acerca de la extensión universitaria, menciona la posibilidad de cursos públicos en las universidades, la necesidad de fundar universidades populares, y la imprescindible utilización extensiva e intensiva de todos los institutos de cultura superior para la educación técnica e intelectual de todo el pueblo.

La transformación universitaria así concebida implica la vinculación de la universidad con el medio social en que funciona, "...tomando contacto con el pueblo, sirviendo sus intereses, reflejando sus aspiraciones, comprendiendo sus problemas vitales" (Ingenieros, 1956: 25), aunque en este proceso no deja de privilegiar la importan-

cia del voluntarismo de aquellos a quienes llama "hombres de genio".

Abanderado de la renovación universitaria, gloriosamente promovida en su país por la generación de Córdoba, Ingenieros entendió que de ello dependía la pertinencia social, la permanencia institucional y el liderazgo ético de la universidad latinoamericana, en la ingente tarea de contribuir, mediante la producción del conocimiento científico, a refundar nuestras estructuras económicas, sociales y políticas.

A pesar de las equivocaciones y paradojas, presentes en el conjunto de su pensamiento, en cuanto a la concepción de la educación necesaria para nuestros pueblos latinoamericanos, las palabras de José Ingenieros, generadas en nuestra propia territorialidad social e intelectual, aun hoy nos convocan a pensar y a actuar. 

## Notas

<sup>1</sup> Juan Bautista Alberdi (1810-1884), escritor, sociólogo, jurista y político; Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), político, pedagogo y escritor; y Bartolomé Mitre (1821-1906), político, militar, diplomático y escritor, todos de nacionalidad argentina.

<sup>2</sup> MANGIOLA (2006), considera que "su prosa es por momentos modernista". De que Ingenieros estuvo ligado al modernismo (o a los modernistas), puede dar cuenta el hecho de que fue fundador de la revista socialista *La Montaña*, en 1899, junto con Leopoldo Lugones e integró el grupo *La Syringa* (especie de club literario de jerguistas, iconoclastas e irreverentes a los convencionalismos sociales y académicos), así bautizado por el propio Rubén Darío.

<sup>3</sup> Ingenieros se declara partidario de un "socialismo aristocrático" en el que los hombres física e intelectualmente superiores propenden a mejorar las condiciones de vida de los pobres, de la raza inferior (sic).

<sup>4</sup> Partido de orientación marxista creado en 1893 por Juan Bautista Justo.

<sup>5</sup> Leandro Nicéforo Alem (1842-1896).

## Bibliografía

INGENIEROS, J. (1925). *Las fuerzas morales*. Buenos Aires: Ediciones Porteñas/Yavhe S.R.L.

INGENIEROS, J. (1956). *La universidad del porvenir y otros escritos sobre filosofía, educación y cultura*. Buenos Aires: Ediciones Meridion.

INGENIEROS, J. (1961). *Los tiempos nuevos*. Buenos Aires: Editorial Losada, S.A.

INGENIEROS, J. (1986). *El hombre mediocre*. Venezuela: Editorial Panapo.

LARROYO, F. (1958). *La filosofía americana. Su razón y su sinrazón de ser*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.

MANGIOLA, B. (2007). *El multifacético José Ingenieros (esbozado en cuatro tiempos)*. Recuperado el 4 de septiembre del 2007 en <http://psamdp.spaces.live.com/blog/cns!AD2277DEBCC6924C!222.entry>

RODRÍGUEZ, Á. (2007). *El racismo en el pensamiento de José Ingenieros*. Recuperado el 4 de septiembre del 2007 en [www.revista.unam.mx/vol.2/num3/art2/index.html](http://www.revista.unam.mx/vol.2/num3/art2/index.html)

# educere

CONSULTE Y DESCARGUE GRATUITAMENTE TODA LA COLECCIÓN DE EDUCERE, constituida por 43 números a texto completo.

[www.actualizaciondocente.ula.ve/educere](http://www.actualizaciondocente.ula.ve/educere)